

CERVANTES
O LAS FABULACIONES
AMERICANAS
DEL *QUIJOTE**

María del Rosario Aguilar Perdomo

* Este trabajo se inscribe en las labores desarrolladas en el Grupo de Investigación “Estudios de Literatura Medieval y Renacentista” de la Universidad Nacional de Colombia.

SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO

Don Quixote de la Mancha.

POR MIGVEL DE SERVANTES
Saauedra, autor de su primera Parte.

*Dirigida a Don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos,
de Andrade, y de Villalva, Marques de Sarria, &c. Virrey,
Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles,
y Presidente del Supremo Consejo de Italia.*

Año



1617.

En BARCELONA, En casa de SEBASTIAN MATEVAT.

Portada de la primera edición de la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1615.

A la memoria de Víctor Infantes

El Caballero de la Triste Figura ha prolongado su viaje, más allá,
mucho más allá de las llanuras polvorientas de la Mancha; don
Quijote ha viajado por América; viaja aún allí.

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA

Pero un día, cansado de ese lugar monótono,
y del nocturno diálogo con el cura capcioso,
me embarqué para América, que era el fácil recurso
de los desesperados, como entonces se dijo.

[...]

Estuve en Santa Fe, la de muchas campanas,
pero el tedioso páramo me fastidió, lo mismo
que su perpetua pugna de alguaciles y clérigos;
y llegué a Popayán, solar tibio y pacífico.

RAFAEL MAYA

Miguel de Cervantes padecía de ensoñaciones. Una de ellas fue viajar a América, “el refugio y amparo de los desesperados de España”, como señalaba en “El celoso extremeño”, una de sus *Novelas ejemplares*². Para hacer realidad su paso al Nuevo Mundo, ese que veía con la ilusión del futuro promisorio que España parecía negarle, solicitó al rey Felipe II el nombramiento para ocupar alguno de los puestos de la maquinaria administrativa que había desplegado la Corona en sus territorios de ultramar. Se contentaría con ser contador del Nuevo Reino de Granada, gobernador de Soconusco en Guatemala, contador de galeras en Cartagena de Indias o corregidor en La Paz. Su sueño, sin embargo, no llegó a hacerse realidad, pues el requerimiento fue negado con displicencia.

Contra lo esperado, la negativa no fue el presagio de un desencuentro con las Indias; antes bien, parece haber sellado la estrecha relación de la obra literaria cervantina con América, con esa gran Mancha que es América, como solía decir Carlos Fuentes³. Pese a que el escritor no logró su cometido de instalarse en estas tierras promisorias, la carrera de Indias quedó en manos de un hidalgo maniático, viejo y desaseado: el bueno de don Alonso Quijano, Quesada o Quijana, devenido caballero andante a causa de la lectura de libros de caballerías. Y así fue. Poco después de que saliera de las prensas de Juan de la Cuesta en 1605, el Caballero de la Triste Figura viajó al corazón de las Indias.

Todo comenzó con el envío de 202 ejemplares de la primera edición madrileña. No fueron tantos; y no, en todo caso, casi toda la primera edición, como se sostenía hasta hace no mucho⁴. Junto con otros títulos, estos ejempla-

2 Miguel de Cervantes, “El celoso extremeño”, en *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber (Madrid: Ediciones Cátedra, 2013), vol. 2, p. 109.

3 Carlos Fuentes precisaba que “La Mancha, en verdad, adquirió todo su sentido en las Américas”. *El espejo enterrado* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), pp. 202-203.

4 Víctor Infantes y Pedro Rueda, “Involuntario peregrino: la primera salida de don Quijote hacia las Indias y de cómo arribó en ellas por el estío de 1605”, en *Cervantes en el espejo del tiempo*, coord. María Carmen Marín (Zaragoza:

res buscaban satisfacer las necesidades de los virreinos de México y Perú o la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, cuyos lectores, deseosos de sumergirse en las historias profanas, estaban dispuestos a rehuir las normas, prohibiciones y edictos que, con escaso éxito, las autoridades seculares emitían para impedir la circulación de la literatura de ficción en las Indias. De esta primera edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se enviaron ejemplares a Nueva España, a Lima y a Quito. A Cartagena de Indias debieron llegar cien libros en el verano, que partieron desde Cádiz a bordo de la nave *Espíritu Santo* a eso de principios de mayo de 1605, el 5 para ser precisos, enviados por Diego Correa a cargo de Antonio de Toro, librero sevillano, para que los recibiera el encomendero Antonio Méndez. Otros tres ejemplares enviados por Juan de Zaragasa en el navío *Nuestra Señora del Rosario* tuvieron como puerto de entrada Cartagena de Indias. Su destino final era Tunja e iban a nombre y cuenta de Juan de Guevara⁵.

Don Quijote había comenzado con estos embarques su andadura por el Nuevo Reino de Granada. Pero no fue solo el *Quijote* el que atravesó el Atlántico para llegar a las manos de los libreros y enriquecer las incipientes bibliotecas particulares. También *La Galatea*, la primera novela en el largo haber literario de Miguel de Cervantes, publicada en 1585, se incluyó en los envíos, de la misma manera que *Persiles y Segismunda* (1617), la novela que el escritor

Prensas Universitarias de Zaragoza / Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 2010), pp. 173-208. Luego de un exhaustivo trabajo de revisión de archivos y documentos, Infantes y Rueda han reevaluado las cantidades de envíos que planteó Francisco Rodríguez Martín en *El "Quijote" y don Quijote en América* (Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando, 1911). A partir de su investigación, Infantes y Rueda han podido identificar el envío de 202 ejemplares, 192 de los cuales están totalmente comprobados y otros 10, mencionados por Rodríguez Marín, continúan pendientes de comprobación. Continúan la senda iniciada por Rodríguez Marín, entre otros, Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador* (trad. de Mario Monteforte. México: Fondo de Cultura Económica, 1996 [1.ª ed., 1949]); José Torre Revello, "Los primeros ejemplares del *Quijote* que llegaron a América" (*Estudios*, vol. 77, n.º 420, 1947, pp. 395-398); Carlos A. González Sánchez, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVII* (Sevilla: Diputación de Sevilla / Universidad de Sevilla, 1999) y Pedro Rueda Ramírez, *Negocio e intercambio cultural: el comercio de libros con América en la carrera de Indias (siglo XVII)* (Sevilla: Diputación de Sevilla / Universidad de Sevilla / CSIC, 2005).

- 5 Tomo los datos de Infantes y Rueda, *op. cit.*, pp. 203 y 194, respectivamente. De esos primeros ejemplares que arribaron a Cartagena no se ha conservado registro en inventarios de bibliotecas coloniales neogranadinas. Sin embargo, en 1966, con motivo de la Semana del Libro y el Día del Bibliotecario, la Universidad Nacional de Colombia expuso un ejemplar de la edición de 1605 que pertenecía al bibliófilo colombiano Rafael Martínez Briceño y cuya ubicación actual todavía no he podido determinar. No sé si se trata del mismo ejemplar que se expuso años después en la Galería Pluma de Bogotá a propósito de la exposición de las acuarelas sobre don Quijote y Sancho Panza del pintor Luis Carlos Rodríguez, de acuerdo con la nota del periódico *El Tiempo* del 7 de diciembre de 1983, ejemplar que tampoco he podido rastrear y no sé si todavía se encuentra en Colombia.

consideraba la mejor de todas sus obras y que, con sus amores contrariados y sus naufragios con el telón del fondo de la Europa septentrional donde todo era posible, gozó de enorme popularidad en las Indias durante el siglo xvii⁶.

Pero para Cervantes, el hombre de carne y hueso, la historia fue muy distinta a la de la estela de su obra literaria. El escritor habría de conformarse en el cielo de los poetas con la recepción de su obra en esa América que vio como opción de vida luego del regreso de su esclavitud en Argel, un cautiverio que habría de marcar su vida y su obra con el signo de la libertad, un valor que defendía para sus lectores y para sus personajes. Porque la libertad, como apunta el Caballero de la Triste Figura, “es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre” (II, 58)⁷.

Ese no rotundo de las autoridades a la solicitud de merced que el escritor elevara a Felipe II ha dado lugar, no obstante, a todo tipo de fabulaciones literarias que imaginaban a Cervantes o a don Quijote por estas tierras de los “reinos nunca vistos” que decía don Juan de Castellanos; de hecho, fabulaciones de todo tipo hacían del escritor y de su personaje más icónico materia novelable, y señalaban así cuán ricas e inagotables pueden ser las vías de la creación literaria. Así llegó a América el más universal de los escritores españoles, de quien, de una u otra manera, son deudores todos aquellos que pasan “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio”⁸ fraguando universos ficticios para consolarnos con la ilusión y la utopía a los pobres mortales conscientes del diseño desagradable con que suele arrojarse este mundo. Ese escritor que murió deseando ser reconocido como poeta pasó a América junto con el Caballero de la Triste Figura, convertidos en motivo de recreación literaria y de maquinaciones poéticas.

¿Qué habría sido de Miguel de Cervantes y de su hidalgo cincuentón si se hubiera aceptado su solicitud de venir a Cartagena, a Soconusco, a La Paz? Quizá no habría llegado a escribirse nunca la que para Harold Bloom es la primera y la mejor de las novelas⁹. O quizá su protagonista habría sido un tal Quesada, descubridor y conquistador del Nuevo Reino de Granada, como imaginara Ger-

6 Cfr. Irving Leonard, *op. cit.* Ejemplares del *Persiles* aparecen, por ejemplo, en el envío que hizo el librero Antonio de Toro a Quito en 1618, según se registra en el Archivo General de Indias, (Contratación, 1165, San Salvador, fols. 28r-29r, de acuerdo con el dato recogido por Pedro Rueda Ramírez, “La circulación de libros desde Europa a Quito en los siglos xvi y xvii”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, 15 (2000), p. 19.

7 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico (Barcelona: Instituto Cervantes/Editorial Crítica, 1998), vol.II, cap. 58, p. 1094. Todas las citas provienen de esta edición.

8 *Ibid.*, vol. I, cap. 1, p. 39.

9 Harold Bloom, *The Western Canon: The Books and School of the Ages* (New York: Riverhead Books, 1994).

mán Arciniegas, y no el hidalgo encandecido por las figuras míticas de Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra, Belianís de Grecia y Felixmarte de Hircania. Y aunque los datos aportados por Infantes y Rueda obligan a reevaluar la mitificación, romántica si se quiere, que la historiografía de la primera mitad del siglo xx hizo de la recepción inicial del texto cervantino en América, lo cierto es que la solicitud de Cervantes y el arribo de ejemplares de la prínceps del *Quijote* dieron lugar en Colombia, como en América toda, a varias especulaciones y maquinaciones poéticas: del paso de Cervantes a las Indias al enterramiento de don Quijote en Popayán. Colombia fue, en todo caso, un ensueño de Cervantes¹⁰, una quimera que desde comienzos del siglo xix ha dado lugar a invenciones que frecuentarán con asiduidad y gozo el mundo cervantino.

En efecto, en 1916, para las conmemoraciones del tercer centenario de la muerte de Cervantes, hace ya un siglo, el modernista y librepensador antioqueño Antonio José Restrepo escribía para la revista *Cromos* un texto titulado “De cómo pudo haber sucedido que el ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra viniese a Santa Fe de Bogotá y aquí escribiese el *Quijote* verdadero narrando hazañas de los conquistadores”¹¹. Siguiendo al dedillo las enseñanzas cervantinas, Restrepo acude al recurso del manuscrito encontrado recreado por Cervantes con los papeles rotos de la calle del Alcaná de Toledo, mediante el cual el narrador del *Quijote* urde la fabulosa autoría de Cide Hamete Benengeli. Con un subterfugio similar, Restrepo finge haber hallado entre los legajos de la Biblioteca Nacional de Colombia una carta fechada en Sevilla en noviembre de 1590, de puño y letra de Juan Rodríguez Freyle, el autor de *El Carnero*, en la que alentaba a Cervantes a pasar a las Indias. Según la ficción de Restrepo, el indiano y el español se habrían conocido una tarde en el hospicio sevillano de la calle Arenal, y desde ese momento la mutua querencia los llevó a pasearse por el puerto de Camaroneros, por la torre de Triana y la Giralda, mientras se confesaban sus tribulaciones y sus anhelos. Fue el decaimiento del poeta, que hablaba siempre nostálgico de su amor por el viaje, lo que animó al cronista a sugerirle que se aventurara a venir a esta tierra que pone fin a la pena, como dijera también don Juan de Castellanos. Sin embargo, la ilusión de su paso a las Indias habría de quebrarse pronto con la respuesta de Núñez Morquecho, consejero real encargado de transmitir la decisión final del Rey sobre la solicitud elevada por Cervantes¹².

10 Así lo señalaba Ernesto Giménez Caballero en “Colombia. Ensueño de Cervantes”, citado por Vicente Pérez Silva, “Cervantes y el *Quijote* en Colombia” (*Studia Colombiana*, n.º 3, 2004), pp. 31-37.

11 Antonio José Restrepo, “Cervantes a Santa Fe de Bogotá. Sueño, leyenda y realidad. De cómo pudo haber sucedido que el ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra viniese a Santa Fe de Bogotá y aquí escribiese el *Quijote* verdadero narrando hazañas de los conquistadores”. *Cromos*, n.º 15 (1916), pp. 225-228. Recogido en Eduardo Caballero Calderón (ed.), *Cervantes en Colombia* (Madrid: Patronato del IV Centenario de Cervantes, 1948), pp. 337-353.

12 Me refiero a la solicitud elevada por Cervantes en 1590 para que se le asignara uno de los puestos disponibles en la administración pública en las Indias.

Y así fue —dice Antonio José Restrepo— como don Miguel de Cervantes y Saavedra y don Juan Rodríguez Freyle, de los de Alcalá de Henares, no pudieron venirse juntos a glorificar el Nuevo Reino y escribir aquí, entrambos a dos, el Quijote de la Conquista y sus hazañas inmortales.

Pero lo que en Restrepo es un viaje fallido, el paso del escritor español a las Indias se convierte con el escritor Pedro Gómez Valderrama en uno de los cuentos más hermosos de la literatura latinoamericana. Con los ojos en Cervantes y también en Borges, gracias al arte de la conjetura y a la libertad inigualable que confiere la ficción, en su cuento “En un lugar de las Indias”¹³, el escritor bumangués trastoca e intercambia los oficios de Alonso Quijano y Miguel de Cervantes en un juego de espejos revelador¹⁴. Mientras el primero no tiene más remedio que dedicar sus días y sus noches a escribir la historia de un escritor desventurado luego de que se le negara su petición de traslado a tierras de ultramar —porque solo la literatura puede ser el refugio y la cura para las desilusiones—, don Miguel, contra el designio histórico, se hace finalmente con el viaje a Cartagena de Indias. La América soñada, sin embargo, no se muestra pródiga para con su escritura. Porque Miguel, el escritor, como desencantado de la ficción, ya no escribe, ya no puede hacerlo poseído como está por la melancolía, esa enfermedad del alma tan propia del siglo XVII. Su único refugio es el amor de la mulata Piedad, su Dulcinea caribeña, en el sopor de la noche cartagenera, desprendido de sus manuscritos, que ha dado a su amante para que atice el fuego, y embriagado por los hechizos de la sensualidad americana. Como planteara Juan José Arreola, ese Cervantes indiano ya no elude los amores reales¹⁵, como al aparecer lo hizo el Cervantes de carne y hueso, siempre desinteresado por Catalina de Salazar, su mujer, o como el propio don Quijote, que insiste más de una vez en que sus amores con la más alta princesa de la Tierra son solo platónicos y tiene la castidad como la principal de sus virtudes. Ese escritor dominado por la apatía y la melancolía erótica, que parece al borde de la muerte, ya no puede escribir el *Quijote* en América. Pero al cabo de un tiempo, una tarde, en algún lugar innostrado de La Mancha, esos Alonso Quijano y Miguel de Cervantes recreados por Gómez Valderrama se reencuentran; el primero lee lo que ha escrito en tierras españolas acerca

El rey trasladó la petición al Consejo de Indias, que a la postre respondió negativamente mediante la carta enviada por Antonio Núñez Morquecho.

- 13 Este cuento se publicó por primera vez en la revista *Eco*, n.os 3-4 (1972) y posteriormente fue incluido en su libro de cuentos *La procesión de los ardientes* (1973). Vale la pena recordar el análisis de Luis Correa-Díaz, “El Quijote indiano/caribeño. Novela de caballería y crónica de Indias”, *Anales Cervantinos*, n.º 34 (1998), pp. 85-123.
- 14 Véase al respecto el artículo de Diógenes Fajardo, “Cervantes y el *Quijote* en algunos autores latinoamericanos contemporáneos”, *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, n.º 7 (2005), p. 88.
- 15 Juan José Arreola, *Confabulario total*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1962), p. 19.

de las aventuras de ultramar de ese escritor al que se le ha concedido el sueño americano. Y, entonces, atento a la lectura, con la vista puesta en la belleza insospechada de los campos manchegos, “*Don Miguel de Cervantes se queda en silencio mirando por la ventana hacia la tierra parda de La Mancha, meditando largamente en todo lo que le habría ocurrido si se hubiese ido a Cartagena de Indias, en el Nuevo Reino de Granada*”¹⁶.

Si Restrepo especulaba con el origen literario de la solicitud cervantina y Gómez Valderrama conjeturaba sobre el destino del escritor en ultramar, el historiador Germán Arciniegas, por su parte, hace de don Gonzalo Jiménez de Quesada el padre de don Quijote¹⁷, en un juego que roza los límites entre la historia y la ficción, y emparenta la hazaña del descubrimiento del nuevo continente con los ideales caballerescos de esos Amadises de América que se adentraron por estas selvas inhóspitas y delirantes. Y es que novelistas y poetas no han podido resistirse a los encantos del mito cervantino, mucho menos del mito quijotesco. En Colombia han sido muchos los que, encandecidos por sus figuras, los han convertido en sustancia poética.

El Caballero de la Triste Figura, decía José María Vargas Vila, “ha prolongado su viaje, más allá, mucho más allá de las llanuras polvorientas de La Mancha; don Quijote ha viajado por América; viaja aún allí”¹⁸. Tan debió ser así que el poeta pionero del modernismo y amigo íntimo de don Baldomero Sanín Cano, Guillermo Valencia, tampoco se resistió al encanto del mito; en “La razón de don Quijote” un largo poema en prosa escrito en junio de 1932, situaba a un redivivo don Quijote en Popayán, la hermosa ciudad colonial edificada bajo la sombra tutelar del Puracé. A esta ciudad blanca, luego de haberse embarcado en Palos de Moguer en una de las naves de Sebastián de Benalcázar, habría llegado don Quijote. “Alto, huesudo y ágil”, frizando los cincuenta, lo descubre el poeta en su delirio, en una “noche fría tormentosa y oscura”, más vivo que en su “solar de España entre duques y dueñas, gigantes y vestiglos”¹⁹. Valencia alimentaba así la leyenda que suponía al hidalgo enloquecido enterrado en Popayán, un miércoles de ceniza, luego de morir en una habitación del convento de Santo Domingo. La leyenda, “venida de muy atrás” —como dirá Luis Eduardo Nieto Calderón en su discurso ante la

16 Pedro Gómez Valderrama, “En un lugar de las Indias”, en *Cuentos completos* (Madrid: Alfaguara, 1996), p. 98.

17 “Cuando Quesada estuvo vagabundeando por España [...] tuvo un hijo [...]. Ese hijo fue don Quijote”. Germán Arciniegas, *Jiménez de Quesada* (Bogotá: Editorial ABC, 1939), p. 331, después reimpresso con el título de *El Caballero del Dorado* (Bogotá: Primer Festival del Libro Colombiano, 1958).

18 Discurso de José María Vargas Vila en las conmemoraciones del tercer centenario del *Quijote*, pronunciadas en El Ateneo de Madrid y recogidas en “Verba gloria”, *Revista Senderos*, vol. 9, n.º 33 (1998), p. 1231.

19 Guillermo Valencia, “La razón de don Quijote”, en *Obras poéticas completas* (Madrid: Aguilar, 1952), pp. 656-659.

Academia Mexicana de la Lengua con motivo del III centenario de la muerte de Miguel de Cervantes²⁰—, se reforzaba años después en los versos del crítico y poeta Rafael Maya que narraban la llegada del héroe a América, su muerte, enterramiento y pervivencia de su espíritu en la ciudad colonial.

Pero un día —dice el don Quijote de Maya—, cansado de ese lugar monótono, y de nocturno diálogo con el cura capcioso, me embarqué para América, que era el fácil recurso de los desesperados, como entonces se dijo. Estuve en Santa Fe, la de muchas campanas, pero el tedioso páramo me fastidió, lo mismo que su perpetua pugna de alguaciles y clérigos. Y llegué a Popayán, solar tibio y pacífico.²¹

La fascinación que ejercía el *Quijote* en la Colombia del siglo xx se extendió también a personajes tan disímiles como el crítico literario Max Grillo y el humanista huilense Julián Motta Salas. El uno, fundador de la revista *Gris*, una de las primeras publicaciones periódicas de corte modernista, y el otro, un humanista apasionado de los clásicos, cobijado por la sombra del pensamiento conservador y tutelar de don Miguel Antonio Caro, quien se convirtió en un defensor a ultranza de la herencia cultural hispánica. Ambos, Grillo y Motta Salas, desde posturas estéticas opuestas, fascinados por el bueno de don Quijote de la Mancha, emprendieron la senda de las recreaciones cervantescas. No era Grillo un desconocedor de la obra de Cervantes ni de las continuaciones del *Quijote* que tuvieron lugar en América desde el siglo xix. Con su lucidez acostumbrada, el crítico había comentado en las publicaciones periódicas colombianas los *Capítulos que se olvidaron a Cervantes*, una continuación escrita por el ecuatoriano Juan Montalvo y publicada de manera póstuma en Besançon en 1895. Montalvo, según él mismo apunta, había tomado la decisión de añadir más capítulos por el entusiasmo que la lectura de un fragmento publicado en la revista *El Cosmopolita* había generado en el crítico colombiano José María Samper, a quien el escritor achaca el estímulo para continuar con su escritura²².

Al ecuatoriano lo había precedido en la saga de los Quijotes indianos el cubano Luis Otero Pimentel, que en 1886 publicó *Semblanzas caballerescas o*

20 Luis Eduardo Nieto Caballero, “Don Quijote en Colombia”, en *Memorias de la Academia Mexicana (Miguel de Cervantes en la Academia Mexicana)* (México: Editorial Jus, 1955), p. 212. Disponible en goo.gl/Q02Hoy.

21 Rafael Maya, “Don Quijote muere en Popayán”, en *El tiempo recobrado* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1974), pp. 79-87. Tanto este como el poema de Valencia están recogidos en la antología preparada por David Jiménez, “Don Quijote en la poesía colombiana”, *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, n.º 7 (2005), pp. 259-265 y 281-285, respectivamente.

22 Véase al respecto Plutarco Naranjo, *Los escritos de Montalvo* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2004), p. 281.

las nuevas aventuras de don Quijote de la Mancha, una novela en la que relata el viaje del caballero y su escudero a Cuba, la Ínsula Encantada. También el venezolano Tulio Febres Cordero decidió sumarse a la saga y compuso su *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha*, escrita en la última década del siglo XIX pero publicada para conmemorar el tercer centenario de la primera parte en 1905. En esta versión indiana, muy particular al cabo por las intenciones que escondía el ejercicio de Febres, el heredero de don Quijote aparece recorriendo los Andes venezolanos convertido esta vez en un defensor del progreso y la modernidad, porque su “patria está donde hay tinieblas que disipar, multitudes irredentas que instruir y campos sin cultivo donde aventar la fúlgida simiente del modernismo redentriz”²³. Esta última le había parecido a Max Grillo un “sacrílego intento de continuar la obra de Cervantes” y de ser “una vituperable profanación” hasta el punto que don Quijote “parece un maniquí ridículo, un pseudo-sabio que en un pueblo de Venezuela trata de construir una máquina para conservar en la noche la luz del sol”²⁴.

Más audaz aún es el Quijote recompuesto por el argentino Juan Bautista Alberdi en su *Peregrinación de luz del día. Viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo*. En esta ocasión se trata de un héroe enloquecido, no por la lectura de los libros de caballerías, sino por *El origen de las especies* de Darwin, porque para él “no hay libro moderno, no hay doctrina social ni teoría política ni descubrimiento científico, cuya noticia haya escapado a su curiosidad ambiciosa”²⁵. Todos ellos son eslabones en la historia de los Quijotes americanos,

23 Tulio Febres Cordero, *Don Quijote en América o la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha* (Mérida: Universidad de los Andes, 2005), p. 192, disponible en el repositorio institucional de la Universidad de los Andes (Mérida) (goo.gl/vDavWI). La escritora colombiana Soledad Acosta de Samper, en carta del 30 de mayo de 1906 a Febres Cordero, le agradece el envío de su novela y comenta con juicio favorable: “doy a usted los parabienes por ella: es original en ideas y en estilo y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, en donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispanoamérica y en España. ¿La ha enviado al crítico español, señor Unamuno doctor de la Universidad de Salamanca? Este señor se ha ocupado mucho de la literatura americana” (disponible en goo.gl/hLjLL0).

24 Max Grillo, “Don Quijote en América”. *El Correo Nacional* (Bogotá), 20 de febrero de 1906. Y añade en este mismo comentario: “Francamente confieso que no alcanza mi benevolencia hasta disculpar al Sr. Febres [...], sin maldita gracia, [es] una caricatura irreverente”.

25 Juan Bautista Alberdi, *Peregrinación de luz del día. Viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo* (Buenos Aires: Ed. Choel-Choel, 1947), p. 18. La bibliografía sobre la cuestión de los Quijotes americanos, en la presencia múltiple del personaje y no solo de sus reescrituras, es amplísima. Aparte de don Francisco Rodríguez Marín en su trabajo pionero citado anteriormente, se han ocupado de este tema Emilio Carrilla, *Cervantes y América* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1951); Guillermo Díaz-Plaja, *Don Quijote en el país de Martín Fierro* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1952); Luis Correa-Díaz, *Cervantes y América. Cervantes en las Américas: mapa de campo y ensayo de*

unos Quijotes nuevos para un Nuevo Mundo, posibles por el carácter proteico del personaje inventado por Cervantes y que abrían, en consecuencia, enormes posibilidades en el ámbito de la creación literaria.

Aun consciente de los riesgos que corría en su ejercicio, Max Grillo se animó también a escribir una fabulación, una “Fantasía quijotesca”, como él la llamó, en la que narra los torneos que tendrían lugar en América en honor de Simón Bolívar y en los que don Quijote habría de participar luego de arribar a Santa Marta (Colombia) en un águila gigantesca conducida por un sabio alemán²⁶. No era la primera vez que Grillo exploraba la creación poética de la mano del universo cervantino. En 1918 había publicado en *El Gráfico* el poema “Cervantes en el empireo”, una suerte de letanía en la que en el verso final, “el mundo es ya la ínsula del señor Sancho Panza”, se lamenta por el fin de la poesía.

El crítico fue, sin embargo, mucho menos temerario que Julián Motta Salas, el humanista de la tierra ardiente que, arropado por un bagaje cultural conformado por su conocimiento de los clásicos y la literatura sagrada y profana del Siglo de Oro, decidió emprender un trabajo de recreación e invención cervantinas. Julián Motta Salas estudió derecho en la Universidad Nacional de Colombia entre 1912 y 1916, y durante gran parte de su vida se dedicó al servicio público como juez en distintas poblaciones del Tolima Grande (hoy los departamentos de Tolima y Huila). El ejercicio de su profesión como funcionario judicial y posteriormente magistrado no lo alejó de sus intereses por la cultura humanista, griega y latina, en los que se formó desde sus primeros años de educación secundaria en distintas instituciones, entre ellas el Seminario Mayor en Elías (Huila). Allí se sumergió en el estudio de las humanidades, la filosofía y la teología, y adquirió “un admirable dominio del latín y del griego”²⁷ que, años más tarde, en la década de los cincuenta, daría fruto en

bibliografía razonada (Kassel: Ediciones Reichenberger, 2006) y “América y Cervantes / El Quijote: el caso de Chile” (*Revista de Literatura Chilena*, n.º 72, 2008, pp. 127-147); Héctor Brioso y José Montero Reguera, *Cervantes y América* (Madrid: Fundación Carolina / Marcial Pons, 2006); Marcela Ochoa Penroz, *Reescrituras del Quijote* (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1997, referido en particular a Juan Montalvo); Bettina Pacheco Oropeza, “La otra ruta del Quijote: la parodia americana” (en Miguel Ángel Garrido y Luis Alburquerque (coords.), *El Quijote y el pensamiento teórico-literario*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. 407-416), y Fernando Aínsa, “Don Quijote, personaje proteico de la narrativa iberoamericana contemporánea” (en Francisco Fernández Beltrán (coord.), *España y América en el bicentenario de las Independencias*. Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas, 2012, pp. 151-166). Muy valioso es el esfuerzo recopilatorio hecho en 2005 a propósito del IV centenario de la primera parte, realizado por el Centro Virtual Cervantes, *El “Quijote” en América* (disponible en goo.gl/iUgJxN).

26 Max Grillo, “Fantasía quijotesca”, en *Granada entreabierta* (Bogotá: Editorial ABC, 1946), pp. 251-259.

27 Reynel Salas Vargas, Introducción en *Julián Motta Salas. Textos* (Neiva: Academia Huilense de Historia, 1991), p. 11. Es este autor quien se ha encargado de trazar

sus traducciones de las *Odas* de Anacreonte (1951), la *Anábasis* de Jenofonte (1953) y las siete tragedias de Sófocles (1958), además de su libro *Letras griegas y latinas* (1959) y diversos artículos publicados en publicaciones periódicas de circulación nacional —como *Senderos*, la *Revista de Indias*, el *Boletín* y el *Anuario de la Academia Colombiana*—, en los que trató sobre el amor en Dante y en los poetas latinos Catulo, Tibulo y Propercio, o sobre los diálogos de Leonardo Bruno Aretino. Sus reflexiones sobre la expresión del sentimiento amoroso se recogieron también en su libro *Clásicos del amor* (1944), en el que se ocupó de Garcilaso, Lope de Vega, el Arcipreste de Hita, Petrarca, Boccaccio y Ovidio. Los autores griegos y latinos, el humanismo clásico en suma, fueron para Motta Salas el eje de su labor intelectual (los tradujo, los comentó, los enseñó) y ya desde muy temprano se vio abocado a su divulgación, como se evidencia con la fundación de la revista *Atenea* en la década de los veinte en compañía de Joaquín García Berrío y Aníbal Montoya Canal, y, décadas más tarde, con su cátedra de griego en la Universidad Nacional de Colombia.

Su aproximación a la figura de Cervantes y, fundamentalmente, al *Quijote* constituye dentro del amplio panorama de sus intereses de jurista ilustrado un bloque que permaneció sólido a lo largo de su trayectoria. Así lo fue desde la primera de sus publicaciones, *Alonso Quijano el Bueno* (1930) —la amplificación imitativa de *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* que me interesa en estas páginas—, hasta la última, siete años antes de su muerte en julio de 1972, la *Vida del príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra*, una biografía del autor alcalaíno publicada en México por la Editorial Renacimiento en 1965.

Alonso Quijano el Bueno es una obra que se inscribe en una práctica escritural habitual en los siglos XVI y XVII: la práctica de la literatura cíclica que Motta Salas debía conocer bien y en la que, en lo que atañe al *Quijote*, es necesario contabilizar el texto apócrifo de Fernández de Avellaneda en 1614, las continuaciones francesas del hidalgo enloquecido y, casi dos siglos después, las reescrituras del *Quijote* en América. El ejercicio de revivir al bueno de don Alonso Quijano emprendido por Motta Salas no es, ni mucho menos, una novedad en el paisaje de la difusión del héroe cervantino en el continente americano. En su momento, su recreación, que en modo alguno —como el mismo autor advierte en el prólogo— pretendía imitar “el estilo y maneras del Rey de los ingenios y de la lengua española, don Miguel de Cervantes”²⁸, tuvo buena acogida. El propio crítico Max Grillo anotaba que de esas páginas emergían resucitados el Caballero de la Triste Figura y Sancho Panza, y de

el semblante y la trayectoria intelectual y bibliográfica de Motta Salas en su tesis de licenciatura, que no he podido consultar, y de la cual la introducción citada es una síntesis brevísima.

28 Julián Motta Salas, *Alonso Quijano el Bueno. Don Quijote en Villaseñor* (Neiva: Gobernación del Departamento del Huila, 2005), p. 3. En adelante citaré siempre por esta edición remitiendo en el cuerpo del texto al capítulo y número de página.

este modo lo situaba por encima de otros intentos similares que había tenido lugar en América. “Por momentos —añadía—, han sido no pocos de los que duró la lectura, me parecía estar siguiendo la encantada madeja del estilo del propio Cervantes en las páginas más pulidas de su *Galatea*”²⁹. No es poco para quien “ponía el énfasis en la universalidad de la belleza y de la verdad”³⁰, más aún si se tiene en cuenta que Grillo era crítico implacable y que incluso había acusado a Tulio Febres Cordero en su *Don Quijote en América* de hacer un sacrilegio. No lo afirmaba tampoco un recién llegado a las recreaciones literarias del Caballero de la Triste Figura en América, pues Grillo había reseñado el libro de Juan Montalvo, sin grandes alabanzas, sí, pero al menos no de manera desfavorable³¹. Tampoco era un desconocedor de la obra de Cervantes o un crítico obcecado de las recreaciones cervantescas.

Además de Grillo, otros de los reseñistas del círculo de los habituales en las publicaciones periódicas de la época se refirieron a la amplificación de Motta Salas. Como obra de “vigorosa contextura ideológica” la califica, por ejemplo, el miembro de la Academia Manuel José Forero, en una reseña publicada en el mismo año de 1930, en la que se concentra en introducir transcripciones de algunos capítulos más que en hacer un verdadero juicio de la obra³². Algo similar ocurre con la valoración que hace Rafael Torres Quintero en su *Ensayo de bibliografía crítica de los trabajos cervantinos en Colombia* de 1948; el filólogo y lingüista, que hace un recuento reducidísimo del argumento de la obra, se limita a observar que “el lenguaje en este libro reproduce con tanta exactitud el del *Quijote*, que a veces se cree estar leyendo la propia obra cervantina”³³. En esta apreciación de la obra coincide el humanista Ignacio Rodríguez Guerrero, miembro de la Academia de la Lengua y autor de varios ensayos sobre el *Quijote*: “Es la más perfecta imitación y reconstrucción del lenguaje, estilo y

29 Max Grillo, “Don Quijote en Villaseñor”, en *op. cit.*, pp. 261-268. En su reseña emerge también la preocupación porque la crítica le haga reparos y advierte lo absurdo del supuesto matrimonio de don Quijote con Dulcinea, representada en la farsa por Altisidora, que fingen sus anfitriones, esta vez don Diego de Miranda y su hijo Lorenzo en su villa de Villaseñor, narrado en el capítulo XVII de *Alonso Quijano el Bueno*.

30 Así caracteriza David Jiménez a Max Grillo (*op. cit.*, p. 134).

31 “La crítica declaró airosa la arriesgada empresa del escritor americano porque ni su talento ni su erudición, ni su culto acendrado por Cervantes, ni su magnífico estilo le permitieron profanar el ara del dios consagrado por las centurias y el número infinito de sus fieles. En el fondo todo se redujo a que Cervantes fue inimitable y Montalvo quedó el mismo Montalvo, prosista eximio”. Max Grillo, *op. cit.*

32 Manuel José Forero, “Alonso Quijano el Bueno, por Julián Motta Salas”, *Santa Fe y Bogotá*, t. 13, n.º 79 (1930), p. 330. También reseñaron la obra Manuel Antonio Bonilla en la revista *Arte*, n.º 23 de 1936; Lilia de Ochoa en el semanario ilustrado *El Gráfico*, n.º 1005, 15 de noviembre de 1930, p. 259, y Gustavo Otero Muñoz en el mismo número 79 de la revista *Santa Fe y Bogotá* de 1930, p. 538.

33 Rafael Torres Quintero, *op. cit.*, p. 71.

ambiente cervantinos, que se ha hecho en América”³⁴. Así mismo, para Carlos Eduardo Mesa, nuestro cervantófilo estaba “empapado del espíritu y de la presa de Cervantes”, y conforme con ello “resucita al ingenioso hidalgo, lo sitúa en nuevos episodios y en discretas conversaciones y lo pone a decir preciosidades”³⁵. No podía ser de otra manera si, para Mesa, el escritor huilense era quien “más y mejor” había dicho sobre Cervantes en Colombia. Pero quizá la opinión más significativa por tratarse de una de las figuras fundamentales en la historia de la crítica literaria en Colombia en su papel de modernizador es la de don Baldomero Sanín Cano. En carta enviada al autor, en la que expresa que ha leído su obra “con gran deleite”, el crítico antioqueño subraya el esfuerzo que ha debido implicar el ejercicio de imitación:

La conservaré como ejemplo de la perfección a la que se puede llegar con el estudio y la vocación en el arduo empeño de acomodar nuestro pensamiento y lenguaje a los insuperables modelos que nos dejó la edad antigua. Le confieso, sin ánimo de lisonja, que es su obra más natural y más vecina del modelo que la de Montalvo, en la cual se percibe el esfuerzo y por momentos choca la afectación.³⁶

Alonso Quijano el Bueno es, en efecto, un ejercicio de prolongación del *Quijote* en el que se retoma el hilo de la narración en la segunda parte de la obra, cuando caballero y escudero se encuentran en la casa de placer de los duques. Allí, don Quijote recibe la invitación de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, y su hijo Lorenzo para retornar a su hacienda de Villaseñor (de ahí el subtítulo de la obra, *Don Quijote en Villaseñor*), donde sucederán una serie de episodios a imitación de los narrados en el texto cervantino y en los libros de caballerías, los hipotextos con los que dialoga este ejercicio. Esta prolongación imaginada por el humanista huilense testimonia, en efecto, una gran familiaridad con los libros de caballerías, las lecturas responsables de la locura metafórica de don Alonso Quijano. No se puede dudar de que Motta Salas leyó —y muy bien— el *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo, libro del que cita numerosos pasajes y menciona varios personajes (Urganda la Desconocida, el gigante Ardán Canileo, la infanta Celinda, Bruneo de Bonamar, Galaor, entre otros), y cuyo héroe es el favorito de don Quijote. Parece también que debió tener algún conocimiento de la saga de las continuaciones amadisianas escritas por Feliciano de Silva, como el *Amadís de Grecia* o el *Florisel de Niquea*, y de otros libros de caballerías como el *Belianís de Grecia* (1547) o el *Felixmarte de Hircania* (1556). Es más que probable que haya ad-

34 Ignacio Rodríguez Guerrero, “Los estudios clásicos en Colombia”, en *Estudios literarios* (Pasto: Imprenta del Departamento, 1947), p. 364.

35 C. E. Mesa, , *Cervantismos y quijoterías*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1985, p. 252.

36 Carta recogida por José Joaquín Ortega Torres, *Historia de la literatura colombiana* (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1935), p. 988.

quirido esta familiaridad a través de la edición del *Quijote* preparada por Diego Clemencín —que Motta Salas menciona como una de las fuentes utilizadas para la escritura de la biografía de Cervantes publicada en 1965—, en la que abundan las anotaciones sobre los textos caballerescos mencionados o aludidos por Cervantes en el *Quijote*, y no en la lectura directa de estos libros, aún hoy de difícil acceso en ediciones modernas a pesar de los enormes esfuerzos de años recientes³⁷. Este humanista huilense, traductor de los clásicos y director de la Biblioteca Nacional de Colombia, también conocía, y muy bien, el *Orlando furioso* de Ariosto, que cita en varias ocasiones en el entramado narrativo y en las notas a pie de página, copiando en italiano algunos fragmentos.

Este caudal de lecturas posibilitó sin duda que se impregnara de la lengua de la época y de los motivos y tópicos caballerescos, al menos los que deambulan por el texto cervantino y, en particular, los referidos a los asuntos amorosos. En todo caso, como señalaba líneas atrás, la continuación de Motta Salas retoma la figura de don Quijote y Sancho y finge aventuras marcadas por el tono burlesco de las sucedidas en el palacio de los duques narradas en la segunda parte del texto cervantino. Este don Quijote redivivo es aquí víctima permanente de las ironías y farsas de los personajes que forman parte del cortejo que lo acompaña a Villaseñor, luego de la invitación del Caballero del Verde Gabán a retornar a su casa. El duque, la duquesa, Altisidora, el médico Pedro Recio y doña Rodríguez se unen a Diego de Miranda, su esposa Cristina y Lorenzo, su hijo, para compartir con el héroe y su escudero episodios que calcan muy fielmente el entramado narrativo del original.

Así, el nuevo cronista, ya no Cide Hamete Benengeli, sino el “amado historiador Abensaide”, se dispone a narrar las aventuras que recalcan la interpretación errada de la realidad que hace el protagonista y la hilaridad que esto provoca en los demás personajes, que intencionadamente “crean” aventuras para burlarse sin compasión del héroe. Y eso sucede desde la llegada misma de don Lorenzo a la casa de los duques, a donde se ha desplazado para extender la invitación de su padre y anunciar así la continuidad con su hipotexto. A la llegada del hijo del Caballero del Verde Gabán, don Quijote confunde la comitiva con un “escuadrón de desaforados gigantazos que, envueltos en espesa nube de polvo, hacían retemblar la tierra al galopar de los fogosos bridones” (cap. I, p. 8). Como con los molinos y la manada de carneros, este nuevo y remozado Caballero de los Leones enfrenta a los supuestos enemigos con el resultado habitual: un fiasco tremendo que termina con golpes y caídas para el caballero y la risa de los espectadores.

37 Me refiero a la colección “Los libros de Rocinante” del Centro de Estudios Cervantinos (ahora llamado Instituto Universitario de Investigación Miguel de Cervantes, adscrito a la Universidad de Alcalá de Henares), que ha publicado en edición moderna 31 títulos del corpus caballeresco del siglo XVI.

Pasados el incidente y los saludos, don Quijote aprovecha para hacer un discurso marcado por la nostalgia, similar al pronunciado ante los cabreros sobre la Edad de Oro, pues para él don Diego y su hijo “resucitan en los menguados tiempos que corren los felices días de la edad antigua” (cap. I, p. 13). La añoranza, de hecho, caracteriza gran parte de las intervenciones de este viejo hidalgo recuperado y se ajusta a la propia nostalgia del huilense y a la reivindicación de la herencia cultural hispánica —que cree desfavorecida— y de los valores religiosos que promulga en sus trabajos³⁸. Así comienza a relucir el barniz nuevo y distinto de este don Quijote, ahora defensor de las obras de carácter didáctico-moral y, por tanto, más próximo a los preceptistas y moralistas de su época que a aquel que estimulaba al canónigo a leer libros de caballerías porque podían desterrarle la melancolía, como defiende el héroe cervantino en el capítulo 50 de la primera parte, pues el interés que el caballero original pudiera tener en las obras de este orden está apenas insinuado en su visita a la imprenta en Barcelona³⁹. Para un don Quijote remodelado ideológicamente, es la literatura ascética la que puede cautivar el ánimo de los lectores para enseñarles particularmente en el campo de la lengua, cuya defensa es el objetivo esencial del ejercicio literario realizado por Motta Salas.

Pese a esta nueva postura de matices claramente ideológicos, la reescritura de Motta Salas se abroquela también en uno de los ejes esenciales de la caballería literaria: el amor; porque, como bien lo señalaba el protagonista cervantino, un caballero andante “sin amores era un árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma”⁴⁰. A diferencia de Avellaneda, el autor del *Quijote* apócrifo, Julián Motta Salas no hace de su personaje un desamorado; de hecho, el don Quijote huilense reafirma su condición de devoto seguidor del amor ante el médico Pedro Recio cuando este le reprocha que los amores intensos pueden hacer alfeñicado al caballero: “Si cree —le responde nuestro Quijote— que pueda haber caballero desamorado, a fe que cae en el error más lamentable que se haya conocido desde que el sol nos alumbró” (cap. V, p. 40). La obsesión amorosa por Dulcinea servirá de desencadenante de varios de los episodios de este Quijote colombiano. El primero de ellos, cuando el caballero no ha partido aún hacia Villaseñor, es originado por “un pensamiento endiablado” por el cual le pareció ver a

un enano moro que muy tarde en la noche entraba a chiticalla en la estancia de su señora y la hacía despertar con impuros besos con

38 Sobre este aspecto, remito a mi trabajo “En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: herencia hispánica y cervantismo de Julián Motta Salas”, actualmente en prensa, de donde retomo algunos pasajes.

39 “Y pasó adelante a otro cajón, donde vio que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, en viéndole dijo: —Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados”. Miguel de Cervantes, *op. cit.*, II, cap. 62, p 1145.

40 Miguel de Cervantes, *op. cit.*, I, cap. 1, p. 43.

que cebaba sus dormidas pasiones, y la tomaba en sus brazos haciéndola apurar un filtro irresistible, y que la ingrata y pazpuerca le traicionaba rindiéndose a la voluntad y talante del despreciable seductor, de cuya unión había venido por natural resultancia un morillo malicioso y mal agestado. (cap. iv, pp.32-33)

La ensoñación enceguece de ira a don Quijote y da lugar a un enfrentamiento con Sancho, quien terminará dándole el puntapié a su amo que le reprochara Nieto Caballero al humanista huilense⁴¹. Apaciguado por el golpe y por el aire fresco del amanecer, el personaje recuerda que la “ingratitude es condición natural de las hermosas” y que, como su Dulcinea, otras heroínas de la literatura caballerescas han dado muestras de ella: Angélica la Bella, Iseo la de las Blancas Manos y Onoloria, que le mandó una carta desamorada a Lisuarte de Grecia en el libro homónimo de Feliciano de Silva, y que originó, como en otros caballeros, la realización de penitencias de signo erótico como la que llevó a cabo en las entrañas de Sierra Morena el propio don Quijote, el original⁴². No obstante, este Quijote remozado no está dispuesto a vagar penitente a causa del desdén de su amada; más bien opta por tener un “coro de princesas con quienes pueda tomar placer a [su] sabor y cuando que [le] plazca” (p. 34), como antes habían hecho otros de sus antecesores en la caballería literaria que, sin remilgos de ningún orden, accedían a los requerimientos amorosos de doncellas seductoras. Su resolución, no obstante, dura muy poco. Como buen agorero, el vuelo de un búho le hace pensar que se trata de un mensaje de Merlín, advirtiéndole “cuán sin causa” daba pie a los pensamientos de infidelidad de su enamorada.

El sosiego vuelve así a su corazón y con él la decisión de mantenerse casto, uno de los rasgos más destacados del personaje creado por Cervantes, que se evidencia con Maritornes y sobre todo con Altisidora, la doncella que intenta seducirlo en casa de los duques. Motta Salas, en todo caso, sigue a pies juntillas la figura del caballero leal a la señora de sus pensamientos:

Casto —dice el Caballero de los Leones—, casto he de vivir, ahora se muera de despecho y de pesar Altisidora, como Ardemia al no verse correspondida de Palmerín, ahora venga a mi lecho preñada de mis gracias y por muy gran amor constreñida la misma infanta Briolanja, a quien no otorgó favores Amadís por no agraviar a su queridísima Oriana, pues del peligro he de salir con los

41 Luis Eduardo Nieto Caballero, “Don Quijote en Colombia”, *op. cit.*, p. 208. El comentario suscitó, al parecer, una pequeña polémica entre este y Julián Motta Salas, que no he podido ubicar en la prensa de la época, pero que está resumida en el discurso que Nieto Caballero pronunció en la Academia Mexicana de la Lengua en 1947.

42 Me he ocupado de este tema en “Las penitencias de amor caballerescas: Lisuarte, Florambel, Felixmarte y otros enfermos de amor”, en Julián Acebrón (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballerisca* (Lleida: Universitat de Lleida, 2001), pp. 125-150.

laureles de Filandro que se cerró de campiña a los halagos de la infame Gabrina, esposa del rey Argeo. (cap. iv, p. 36)

La castidad de don Quijote contrasta con el listado de los caballeros mujeriegos, antecesores de don Juan, que aparecen en las historias caballerescas, como le recuerda con ánimo de burla el doctor Pedro Recio en el capítulo v, “porque también los caballeros pagaron tributo a ese común contagio que es la fiebre de la concupiscencia” (p. 41). Galaor, hermano de Amadís de Gaula, o Rogel en el *Florisel de Niquea* y Floriano en el *Palmerín de Inglaterra*, eran una buena muestra de la intemperancia sexual a la que podían llegar los protagonistas de la caballería de papel⁴³. Este Quijote huilense, sin embargo, como su molde original, es un amador que mantiene fidelidad a su señora y no cede a las tentativas de seducción de Altisidora, a quien el caballero identifica en esta versión como una “cuitada doncella” como consecuencia de su desprecio. Pero la decisión de mantener su castidad dura hasta que el héroe, finalmente, puede tener entre sus brazos a su Dulcinea ya desencantada por obra y gracia de las ensañaciones inventadas por sus huéspedes.

Animado por la profecía que la supuesta Urganda la Desconocida ha hecho durante el montaje preparado por Diego de Miranda para su recibimiento en Villaseñor, en la que pronostica el nacimiento de sus hijos Quijotín de La Mancha y don Pentagorante de Beocia (cap. vii), el caballero cree que podrá dar rienda suelta a su pasión por Dulcinea luego de haberse casado con ella en la farsa de boda dispuesta por sus anfitriones. El matrimonio desentona. Razón tenía Max Grillo en señalar su preocupación por lo que podría decir la crítica al respecto. La decisión de unir en matrimonio a los personajes —así este sea un hecho más del entramado de burlas dispuesto por el Caballero de Verde Gabán y los duques y, por tanto, solo una ilusión para don Quijote— es a todas luces desafortunado, en la medida en que rompe por completo con el sentido y el significado que ha tenido la figura de Dulcinea en la trayectoria del caballero. Aquí Dulcinea ha dejado de ser una teoría, como planteara Arreola en su cuento, y emerge de carne y hueso personificada por Altisidora.

Y es todavía más inapropiada la manera como Motta resuelve la situación en el momento crucial del posible encuentro sexual de los recién casados. Como se trata de una farsa, es claro que este encuentro debe evitarse a toda costa para que no se vea comprometido el cuerpo de la actriz que representa a Dulcinea, a quien inexplicablemente el caballero no reconoce. Motta se ve obligado entonces a improvisar un exceso de recato de la falsa Dulcinea, que se niega a cualquier contacto físico con el caballero, pues “por nada del mundo se pondría a riesgo de agraviar su castidad y limpieza” (cap. xviii, p. 156). Con esto abandona el

43 Sobre esta figura puede verse mi artículo “De vuelta a la seducción en los libros de caballerías. Con especial atención a la figura masculina y el donjuanismo”, *Revista de Poética Medieval*, n.º 26 (2012), pp. 15-30, disponible en goo.gl/8WQsJr.

apuesto y deja perplejo y malhumorado al caballero, quien no logra explicarse la ingratitud y el desprecio de su amada, mucho menos después de estar casados y en paz con la Iglesia. Entretanto, los burladores, que han presenciado al escondido todo lo ocurrido, disfrutan del momento sin acabar de entender “el extravío de la razón de Don Quijote [...] cuanto no vino a caer en la cuenta del engaño ni a conocer a las personas que hicieron las veces de Dulcinea y el cura” (pp. 159-160). Solo la versión colombiana de Sancho —calco muy cercano al original— se da cuenta de todo e insta a su amo a reconocer el engaño, pero don Quijote se niega rotundamente a aceptarlo y, como es natural a su condición, achaca a los encantadores malandrines todo lo ocurrido.

El malogrado episodio abre el camino para el final obligado: el abandono de Villaseñor y, por incitación de Sancho, la decisión del caballero de retornar a su casa solariega y luego vivir en el campo, pues “a fe que esta nueva manera de vida se aviene más con mi dignidad”. Y con su honor, que es “la vida y el alma del caballero”, pues como se pregunta don Quijote:

¿Hay más que admirar en el campo el cielo sereno del verano, la transparencia del aire en los días más soleados, la amenidad de los prados extendidos como paños de verdura, según dice Granada, la espesura y frondosidad de los bosques, el regocijo del amanecer y la paz de los atardeceres, el cantar de las fuentes y de los pájaros, aquellas voces que oímos todo el día y aquellos aromas embriagadores que despiden las flores? ¿Y qué placer estarse los días claros sentados a la sombra de una coposa haya, a la lengua de un rumoroso arroyuelo, o viendo correr las ondas o nadar los pececillos, ya admirando los variados colores de las aves, ora sintiendo el caer de las hojas u oyendo el silbido del viento! ¿Pues en el campo abierto qué gusto dan los variados matices de las flores, la esmeralda de los prados, el topacio de los trigales sazonados, el amatista de los collados y montes lejanos! Felices entonces nosotros cuando estemos en pleno goce de la vida campesina en una casita que sea limpia y blanca, con su huerta y su jardín y arrullada con el canto del agua en las acequias [...]. (cap. 19, pp. 165-166)

La obra termina, así, con este Quijote agraviado como nunca por su señora, decidido a “cantar los amores de su dama al rasgueo valiente de su vihuela, el traje de pastor, apellidándola ingrata y desamorada” (cap. xx, p. 174), hasta que sea el momento oportuno de regresar al camino de la andante caballería. Se trata de un hipotético interludio pastoril, como el que en algún momento el Quijote verdadero había pensado hacer; con ello Motta Salas vuelve al cauce del original y también se aproxima al tono del *Quijote* cervantino, desafinado con el episodio del matrimonio y el agravio de Dulcinea.

Me he extendido en la descripción de este Quijote colombiano porque constituye, en mi opinión, un ejercicio de creación sorprendente y un aviso de navegante a quienes dedican sus días y sus noches a la construcción de universos ficticios. Motta Salas tenía delante el reto inmenso de continuar la mejor

de las novelas que se haya escrito en lengua española, la primera que entronizó el poder de la ficción, el poder de la literatura para transformar la vida, como evidencia el caso del hidalgo viejo, maniático y desaseado en un lugar de La Mancha aún por determinar imaginado por Cervantes. Se trata, como ha señalado Mario Vargas Llosa, de algo audaz y definitivo para la ficción, porque conduce al protagonista a crear su mundo conforme a lo que ha leído en esos libros de amor y aventuras que ha podido comprar gracias a la venta de las fanegas de su hacienda y que guarda primorosamente en los anaqueles polvorientos de su biblioteca. Enloquecido por la lectura, el viejo hidalgo, Alonso Quijano el Bueno, decide asumir la identidad de don Quijote y hacer de su vida un libro de caballerías, es decir, hacer de su vida literatura.

¿Puede haber acaso mayor libertad creadora que hacerse de nuevo a sí mismo a partir de las lecturas que apaciguan la melancolía? Libre ya de todo determinismo o de la predestinación de los héroes de Homero o de Amadís de Gaula, destinado a ser el mejor de los caballeros andantes y el más leal de los enamorados desde su nacimiento, Alonso Quijano, en un acto de absoluta libertad, escoge su nuevo nombre, “alto, sonoro y peregrino”; crea su enamorada, porque un caballero andante sin dama es como un árbol sin hojas, y bautiza a su caballo, porque “no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido”⁴⁴. A partir de esa libertad creadora de un hombre viejo que se cree caballero andante y que está convencido de que su misión es *desfazer* entuertos, que ve gigantes donde hay molinos, princesas en meretrices y ejércitos en rebaños, Cervantes sienta las bases de la narrativa moderna. Esa poética de la libertad que Cervantes instaura es lo que hace deudores del más universal de los escritores españoles a todos los narradores contemporáneos, sobre todo a aquellos, como Julián Motta Salas, que procuraron seguir su lección a pies juntillas.

44 Miguel de Cervantes, *op. cit.*, vol. I, cap. 1, p. 42.